

*Y ahora, cuando al acaso,
Introduzco los dedos en la brea,
O meto el pie derecho, como un loco,
Sin mirar nada, en la bota derecha,
O me cae de golpe sobre un dedo,
Alguna gruesa piedra,
Lloro, pues todas estas cosas,
A aquel viejo tan viejo me recuerdan...*

*Y su mirada dulce, y su voz leve,
Y su caballo blanco cual la nieve...
Y como las de un cuervo sus facciones;
Sus ojos encendidos cual carbones...
Pues parecía loco de tristeza
Moviendo hacia ambos lados la cabeza.
Susurrando palabras balbucientes,
Cual si tuviera un pan entre los dientes...
Y soplabá cual búfalo furioso
La tarde de un verano caluroso;
Sentado ante una puerta, hace ya años,
Rodeado de tilos y castaños...*

Cuando el caballero hubo terminado la última estrofa de aquella balada, recogió las riendas y enderezó el caballo hacia el mismo camino por el que había venido.

—Sólo tienes que andar unos cuantos pasos — le recomendó a Alicia —. Desciendes la loma, cruzas aquel pequeño arroyo y serás reina. Pero quédate un poquito para verme partir — agregó al volverse Alicia para mirar hacia dónde él señalaba —. ¿Lo harás? No estaré muy lejos. Espérame, y cuando doble el primer recodo de la carretera agita el pañuelo. Creo que eso me infundirá ánimo.

—Claro que esperaré y con mucho gusto; no faltaba más. Muchísimas gracias por la molestia de acompañar-

me hasta tan lejos..., y por me agrada sobremanera.

—Me lo figuro — dijo el c algo dudoso —. Aunque no llo

Alicia y el caballero se estr emprendió lentamente el re bosque.

—Espero que no tardaré pensaba Alicia al contempl guió —. ¡Como siempre!... S es más fácil recobrar el equil cantidad de cosas que lleva e

Así continuó, conversando seguía con la mirada el and el extravagante jinete que i por un costado, después por cuarto o quinto tumbo, llegó entonces señas con el pañuel perderlo de vista.

—Espero que efectivament dido valor — murmuró, mie ma —. ¡Y ahora, el último ar na! ¡Cuán grande suena esa

Unos cuantos pasos más arroyo.

—¡El último cuadro! ¡Po dentro, sentándose sobre el césped estaba salpicado de suave como el musgo —. ¡O tengo al verme aquí! ¿Y esto que siento en la cabeza? — se manos con espanto y poniéndo que le apretaba las sien habérmelo puesto encima si